

ANÁLISIS DEL BROMEAR
A CIEN AÑOS DE *DER WITZ UND SEINE BEZIEHUNG*
ZUM UMBEWUSSTEN, DE SIGMUND FREUD

M. E. Orellana Benado

Freud fundó una de las más influyentes tradiciones en psicología y psicoterapia del siglo XX: el psicoanálisis. Dicha tradición difundió un uso teórico del término *inconsciente* con *La Interpretación de los Sueños* de 1900. En el desarrollo de esta tradición, tanto teórico como práctico (la formación de analistas y el perfeccionamiento de sus terapias), *El Chiste y su Relación con el Inconsciente* de 1905 no tuvo influencia. Este accidente en la historia de las ideas causó malentendidos. Basar el entendimiento del término *inconsciente* en el caso de los sueños sugiere una concepción *espacial* de la vida mental: la vida consciente es aquella que ocurre *aquí*, mientras la inconsciente transcurre, de manera literal, en otra parte. Pero cuando bromeamos no estamos “en otra parte”, de manera que dicho entendimiento es erróneo. Combinar una concepción *reprimida* del inconsciente con un análisis del bromear promete un futuro esplendor al psicoanálisis en el siglo XXI.

M. E. ORELLANA BENADO. Doctor en filosofía, Universidad de Oxford (1985). Licenciado en Ciencias, Universidad de Londres (1981). Premio MEL, Consejo Nacional del Libro y la Lectura (Chile, 1994). Profesor asociado de filosofía del derecho y director, Departamento de Ciencias del Derecho, Facultad de Derecho, Universidad de Chile. Autor de *Pluralismo: Una Ética del Siglo XXI* (1994) y coautor de *Allende Allende* (2002).

In memoriam

Misha Avenburg (z.l.), Paulina Trilnick (z.l.)
y Richard Wollheim (z.l.) y para mis amigos de cincuenta años
M.V.C.S., A.L.S., M.M.M., D.R.I., R.R.M. y C.V.R.

1. Modernidad y humanidad

Trabajando con acaudaladas pacientes “históricas” en la Viena imperial de entre fines del siglo XIX y principios del XX, Sigismund Schlomo Freud, judío moravo conocido hoy de manera universal como Sigmund Freud (1856-1939), amplió el repertorio de entendimientos de lo humano que están disponibles en el amanecer del siglo XXI¹. Sus originales propuestas contribuyeron a forjar el clima intelectual del siglo XX, desde la psicología y la psiquiatría hasta la historia y la filosofía. Si bien será difícil encontrar personas informadas que disputen las afirmaciones anteriores, este idílico acuerdo se rompe tan pronto intentamos valorar su influencia, asunto respecto del cual los pareceres no podrían ser más disímiles.

Sus detractores la califican de poco científica, esclavizadora y *nefastata*, acusando a Freud nada menos que de disolver la libertad, la responsabilidad y la dignidad humanas en un determinismo asociado, en general, con la etapa infantil del crecimiento y, en particular, con el deseo sexual. Por este motivo, correspondería según ellos combatir siempre y en todo lugar la concepción freudiana o psicoanalítica de la humanidad, así como las múltiples prácticas de supuesta naturaleza terapéutica inspiradas en ella. Para sus partidarios, por el contrario, Freud trizó el espejo en el cual la burguesía se contempló a sí misma ufana durante los dos siglos anteriores (esto es, la concepción moderna o ilustrada de lo humano), lo cual justifica calificar su influencia de liberadora y de *saludable*. Con su trabajo, por fin, se habría logrado un entendimiento de lo humano mejor que aquel elaborado por los filósofos de la modernidad, ilustrados o burgueses luego del cruce en el siglo XVI de la Europa renacentista con América. Recordemos, antes de seguir, el origen de la concepción que Freud buscó superar².

¹ Jones, Ernst: *Vida y Obra de Sigmund Freud*, 2003. El presente ensayo se basa en mi artículo “La Teoría Reprimida del Inconsciente”, 1987, pp. 25-32. Reitero el agradecimiento que ahí expresé por distintas conversaciones sobre estos asuntos a mis amigos Adrian Coussins, Brad Hooker y Michael Smith, así como al desaparecido cateórico londinense Richard Wollheim, examinador de la tesis doctoral en la cual primero presenté la crítica de su obra aquí recogida, por sus comentarios a mis ideas, y lo hago extensivo ahora también a mi amigo José Alberto Bravo de Goyeneche por sus comentarios a borradores anteriores del presente ensayo y, *last but not least*, a mi maestro Brian O’Shaughnessy, quien me introdujo al estudio de Freud en el Bedford College, Londres.

² Comenzando con Vico y Hume hasta culminar en Nietzsche, durante el período moderno, hubo también voces que rechazaron la exaltación suprema de la racionalidad científica en la concepción de lo humano recomendada por los filósofos ilustrados.

La concepción moderna de lo humano surgió en reacción a la concepción teocéntrica medieval y pertenece a la dimensión conceptual del sangriento y complejo proceso cuyo resultado institucional y político fue el desplazamiento de la nobleza y el clero medievales por la burguesía, sus científicos y filósofos³. Por casi mil años la Biblia había sido *la* fuente autoritativa de conocimiento respecto del origen del mundo y la humanidad para la población cristiana de Europa. Pero, en 1492, las sagradas escrituras chocaron con el Nuevo Mundo, un mundo que ellas en ningún momento mencionan. Su credibilidad entre los eruditos nunca se recuperó de este golpe. América no fue descubierta en el Pentateuco, ni en los libros de salmos, profetas o proverbios, ni tampoco en los evangelios. La existencia de ese vasto, rico y poblado continente fue conocida gracias a la exploración empírica.

En los tres siglos anteriores al XX la influencia de la concepción moderna creció. Y, casi está de más decirlo, ella continuará proyectándose en el siglo XXI en múltiples campos, incluida la discusión de los asuntos públicos en Occidente. Por estos motivos, antes de resumir la concepción psiconalítica de lo humano, conviene recordar en líneas generales a su predecesora, la concepción moderna, ilustrada o burguesa de lo humano⁴.

Para los ilustrados, los seres humanos éramos máquinas capaces de actuar de forma moral y de conocer el mundo mediante la observación, la medición y el razonamiento. Buscamos conocer las leyes que rigen el curso futuro de los fenómenos naturales para dominar la naturaleza obedeciendo sus leyes, un proyecto que fue esbozado ya a fines del siglo XVI por el canciller inglés Francis Bacon⁵. Según el francés René Descartes, existen tres clases de cosas: la cosa pensante o *res cogitans*; la omnipotente y

Ya en el siglo XIX, Darwin presentó con fuerza la tesis según la cual los seres humanos son animales. La propuesta psicoanalítica no fue una creación original, sino el resultado del cruce del cientificismo con la corriente romántica y contra-ilustrada en la historia de las ideas. Respecto del clima intelectual encarnado en el positivismo, véase Oporto Valencia, Lucy: "Una Arqueología del Alma: Ciencia, Metafísica y Religión en Carl Gustav Jung", 2001 (tesis presentada a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales para optar al grado de licenciado en filosofía, Universidad de Valparaíso).

³ Para una elucidación del término *tradicón filosófica* como la conjunción de dimensiones *conceptuales, institucionales y políticas*, véase "Identidad, Filosofía y Tradiciones", mi prólogo a la edición castellana de Roger Scruton, *Filosofía Moderna: Una Introducción Sinóptica*, 1999. También disponible en www.cuatrovientos.net

⁴ Entre los adjetivos "moderno", "ilustrado" y "burgués", así como entre los sustantivos de los cuales ellos derivan, hay desde luego diferencias que en otras discusiones, aunque no en la presente, impiden usarlos de manera intercambiable.

⁵ Véase Arancibia Gutiérrez, Marcelo R.: "La Nueva Ilustración: Una Concepción del Fenómeno Tecnológico", 2004 (tesis presentada para optar al grado de magíster en filosofía, Universidad de Valparaíso). Algunas consideraciones acerca de la propuesta de Bacon y su impacto, en mi artículo "Arribismo Epistemológico y Desarrollo Científico y Tecnológico", 1992, pp. 25-33.

creadora; y la cosa extensa o *res extensa*, aquello que la ciencia empírica estudia⁶. Gracias a la razón alcanzamos conocimiento cierto sobre nuestra existencia con el *Cogito*. Tan pronto ha probado su existencia, la conciencia tropieza con la idea innata de su Creador, de la cual se sirve para probar Su Existencia: el benévolo aval epistemológico de quienes investigan con método la *res extensa*.

Según el teísta inglés John Locke sin embargo, el asunto era justo al revés. Lejos de depender de ideas innatas en la mente (como aquella de un Autor del mundo omnipotente, justo, misericordioso y garante de la viabilidad de la ciencia), el conocimiento humano se funda en la percepción sensorial o experiencia, la cual escribe en ella a golpes de luz, de sonidos y de olores. El oxoniense sostiene que antes de la percepción sensorial o experiencia, la mente humana es sólo una *tabula rasa* o pizarrón en blanco. Dejemos hasta aquí la disputa acerca de si el conocer comienza con un *razonamiento* metódico y cuidadoso o, más bien, con una *observación* realizada de esa manera. Recordemos ahora la otra faz de la concepción moderna, ilustrada o burguesa, aquella que mira a la vida moral y social de las personas, tema respecto del cual también hubo interesantes disentimientos internos.

El aristocrático escéptico escocés David Hume, el mejor filósofo de entre quienes durante la modernidad descendieron la escala social hasta ganarse la vida con su producción literaria en historia y filosofía, sostuvo, con la indiferencia benévola propia de los mejores en su clase de origen, que el mundo es neutro en términos valorativos. Nadie es tan especial como cree ser ni tan vulgar como puede llegar a parecer. “Bueno” y “maló” son nombres de sentimientos internos de las personas, la aprobación y el rechazo que ellas proyectan frente a determinados actos que no son, en sí mismos, ni buenos ni malos. Hasta aquí, según él enseñó, nuestra naturaleza, la naturaleza humana, se ha comportado de esta manera. Nos conmovemos ante el dolor ajeno y buscamos su alivio, así como nos complacemos en la prosperidad propia o individual y, también, en aquella de la sociedad toda. Quizás mañana las cosas marcharán de manera distinta de aquella en la cual lo hicieran hasta ayer en el mundo moral. Tampoco podemos probar que no cambiará mañana el curso de los fenómenos en el mundo natural.

Tal vez mañana el incesto será aprobado por todos y, en ese sentido, será “bueno” en términos morales, así como es concebible también que se congele el agua en un balde después de permanecer expuesta por algunos

⁶ Aunque el sistema cartesiano es claramente *tripartito* (la conciencia, el Creador y el mundo físico), el revisionismo secularizador moderno, ilustrado o burgués logró hacerlo conocido bajo la etiqueta de “*dualismo* cartesiano”.

instantes al abrasador sol del trópico⁷. Hume, el segundón de antiguos linajes escoceses, lo ha entendido: ayer la aristocracia y el clero dominaron Europa sin rivales mientras, en su tiempo, ellos comienzan a ser reemplazados por los burgueses, seguidos de la cohorte de científicos y filósofos que cantan su alabanza. Aunque el *ancien régime* no era aún conocido por ese nombre, pronto lo sería. Hume lo ha visto con claridad. El futuro no tiene por qué parecerse al pasado, ni en el mundo físico, ni en el moral, ni en el político, ni en el jurídico.

El puritano prusiano Immanuel Kant, el más brillante de quienes en la modernidad se encaramaron desde los estratos sociales desmembrados gracias a su desempeño en las letras filosóficas, creyó haber despertado de lo que de manera peyorativa llamó el “sopor dogmático” (la formación del racionalismo leibniziano en la elaboración de Christian Wolff) con la lectura de Hume, a cuyas ideas se opuso. “Bueno” y “malo”, según Kant, lejos de ser nombres de sentimientos proyectados al mundo desde el sentido interno, son en realidad descripciones de la presencia y la ausencia de una propiedad intrínseca y objetiva que los actos humanos tienen cuando sólo son ejecutados *por deber*⁸.

Dicha propiedad se deduce de principios universales ante los cuales la razón se inclina de manera libre. Cuando actúa así ella se convierte en la única cosa de la cual puede decirse que sea buena sin restricción o condicionamiento alguno: la *buena* voluntad. Es decir, aquella voluntad que actúa de forma libre, preocupándose sólo de hacerlo de manera que pudiera desearse que todo agente racional también actuara según la misma máxima; con independencia tanto del momento histórico como de las consecuencias que pudieran tener sus actos, por dolorosas o placenteras, enriquecedoras o empobrecedoras que ellas pudieran ser para uno mismo y para los demás.

Más allá de los disentimientos internos entre las distintas versiones de la concepción moderna, ilustrada o burguesa de lo humano, éste es el punto central, en ella la *conciencia* es siempre individual y no tiene un papel constitutivo respecto del mundo en el cual vive. Lo humano es una búsqueda individual de conocimiento y de dominio del mundo natural para la prosperidad en el mundo moral y social que surge del esfuerzo de personas sensatas. Múltiples contratos nos asocian de manera libre para la defensa, la venta y la compra de la propiedad privada en el mercado; ésta es la

⁷ Concebible, esto es, al menos para quienes combinen con humor el rigor y la imaginación, habilidad sin la cual toda especulación filosófica se presenta como ridícula o estéril. Para la sugerencia según la cual una manera provechosa de concebir el aprendizaje de la filosofía es en términos del desarrollo de un sentido del humor extraordinario, véase mi librito *Pluralismo: Una Ética del Siglo XXI*, 1996.

⁸ Kant, Immanuel: *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*, 1951 (traducción de Manuel García Morente), pp. 493-539.

fuente última de la riqueza de las naciones según argumentó Adam Smith, compatriota y gran amigo de Hume.

Freud construyó un entendimiento de lo humano radicalmente distinto. Descartó con él todas las versiones de la concepción moderna o ilustrada o burguesa de lo humano que fueron construidas entre Bacon y Descartes por un lado y hasta Leibniz y Hume por el otro. La concepción psiconalítica o freudiana las condenó por igual a la “papelera de la historia” (la imagen es de Trostsky). A partir de un uso teórico nuevo del ruido “inconsciente” y estudiando fenómenos mentales a los cuales la concepción moderna negaba dignidad y potencial teóricos, Freud construyó una visión unificada de la vida mental humana que incluye fenómenos tan diversos como el soñar y el bromear o la parálisis “histérica” y el error involuntario (que, cuando es lingüístico, llamamos en su memoria “lapsus freudiano”).

Anterior a la conciencia, a la búsqueda de conocimiento y del actuar moralmente correcto, según Freud, está la búsqueda de placer. Antes que máquinas capaces de conocer el mundo natural y de actuar correctamente en el mundo moral, somos animales en búsqueda de placer. La existencia florece cuando se nutre del éxito en dicha búsqueda en las esferas “sublimadas”; esto es, en las que son sancionadas por la sociedad como legítimas (de ahí, por ejemplo, el tradicional consejo: “si quieres ser fuerte y sano, suelta lo que tienes en la mano”). Al fracaso en la búsqueda del placer sigue la frustración y sus heridas, la enfermedad mental.

Atrás queda el entendimiento de lo humano en términos de una máquina de conocer y de producir riqueza, pasando a dominar el escenario una creatura engendrada en ese oscuro reconocimiento del papel del sujeto en la constitución del mundo (tanto del conocer como del actuar moral) que es la síntesis trascendental de la imaginación de Kant⁹. Aunque no corresponde detallar la trayectoria de la creatura surgida de la síntesis kantiana, mencionaré que entre los siglos XVIII y XX ella fue sumergida, de manera sucesiva, en las aguas bautismales de la historia por Hegel; en las del deseo por Schopenhauer y Nietzsche; en las del poder por Darwin y Marx; y, para rematar, en aquellas de la sexualidad por Freud.

Según la concepción psicoanalítica de lo humano, la fuerza que conduce a la vida (*Eros*) lucha en la persona con aquella que la inclina a agredir a otros y a sí misma (*Tánatos*). La vida mental es una búsqueda de satisfacción que tiene un componente, dimensión o variable que es *consciente*. Pero la vida mental tiene también otro componente o dimensión o variable

⁹ Una introducción a este complejo tema en Strawson, P. F.: *The Bounds of Sense: An Essay on Kant's Critique of Pure Reason*, 1966; Guyer, Paul: *Kant and the Claims of Knowledge*, 1987; y Torretti, Roberto: *Manuel Kant: Estudio sobre los Fundamentos de la Filosofía Crítica*, 2005.

que es *inconsciente*. Dejaré hasta aquí la confrontación entre la concepción de la humanidad moderna, ilustrada o burguesa y la concepción psicoanalítica o freudiana para profundizar en la siguiente sección en esta última, la primera concepción postmoderna de lo humano.

2. Humanidad e inconsciente

De las obras mayores de Freud, correspondió a *Die Traumdeutung* (*La Interpretación de los Sueños*), de 1900, el papel determinante en cómo se entendió al inconsciente en el siglo XX. Respecto de ese asunto, del desarrollo del movimiento psicoanalítico y de la conformación de sus prácticas terapéuticas, la publicación de *Der Witz und seine Beziehung zum Unbewussten* (*El Chiste y su Relación con el Inconsciente*) en 1905 no tuvo, en rigor, repercusión alguna¹⁰. La preeminencia del *soñar* sobre el *bromear* en el entendimiento del concepto de inconsciente, un accidente en la historia de las ideas, dio apariencia de plausibilidad a la teoría *espacial* del inconsciente. Sin embargo, esa teoría es incapaz de dar cuenta del actuar fallido y del bromear, según ilustraré con referencia a la concepción tripartita de la vida mental humana de Richard Wollheim, quien pretendió rechazar al conductismo y combinar la propuesta freudiana con la filosofía analítica de la mente¹¹.

Para Wollheim la explicación de la vida mental de los individuos requiere de tres clases de términos básicos: 1) *disposiciones* a comportarse de cierta manera (en adelante sólo “disposiciones”); 2) *estados mentales*, respecto de cuya estructura diré algo más en un momento; y, por último, lo que puede denominarse indistintamente *comportamientos*, acciones o conductas. Al incluir los “estados mentales” en la batería conceptual para explicar nuestra vida mental, su rechazo del conductismo se vuelve evidente. Según dicha escuela, una explicación adecuada de la vida mental sólo requiere hablar de *estímulos* y de las *respuestas* a ellos en el comportamiento o conducta¹². Ahora bien, la característica de los estados mentales según Wollheim es poseer tanto *intencionalidad* como *subjetividad*.

¹⁰ Freud, Sigmund: *La Interpretación de los Sueños*, 1966 (traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres); Freud, Sigmund: *El Chiste y su Relación con el Inconsciente*, 1921 (traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres).

¹¹ Wollheim, Richard: *The Thread of Life*, 1984. Véase también del mismo autor, Freud, 1971, así como Wollheim, Richard y James Hopkins (editores): *Philosophical Essays on Freud*, 1982. Una introducción al tema de la identidad de la filosofía analítica en términos de una *tradicción* con múltiples *concepciones*, en mi ensayo “El Analítico Renegado: Berlin o la Filosofía con Historia”, 2000; también disponible en www.cepchile.cl

¹² La discusión clásica del conductismo en psicología es Skinner, B. F.: *The Behaviour of Organisms*, 1949; versión castellana: *La Conducta de los Organismos: Un Análisis Experimental* (traducción de Luis Flaquer), Fontanella, Barcelona, 1975.

La intencionalidad es el “contenido-mental” de un estado dado (*thought-content* en el original en inglés); a saber, lo que especifica la cláusula después del “que” en la frase con la cual se adjudica un estado mental a alguien. Por ejemplo, *Jeremy es un niño maravilloso* en la proposición “Smith cree que *Jeremy es un niño maravilloso*”¹³. Llama subjetividad al modo en que se presenta un estado mental al sujeto. Por ejemplo, aquel aspecto de su experiencia visual que, en el caso usual, lleva a Smith al juicio “Esto es rojo”, cuando ve algo rojo¹⁴. Wollheim define la *fenomenología* como la conjunción de la intencionalidad y la subjetividad, y sostiene que ella es la propiedad distintiva de lo mental, su característica fundamental¹⁵.

Siguiendo a Freud, Wollheim sostiene que una explicación completa de la vida mental humana requiere el concepto de inconsciente¹⁶. Pero, si la fenomenología es la característica de lo mental, los estados mentales inconscientes también deben tenerla. Aquí surge la paradoja. ¿Cómo podría un estado mental inconsciente poseer fenomenología? En particular, ¿cómo podría algo ser un contenido mental inconsciente y *presentarse* al sujeto de la experiencia? Expresada en términos del vocabulario que introduce Wollheim, tal es la paradoja que aflige al concepto de inconsciente. Si de lo que estamos hablando es mental entonces, necesariamente, el sujeto de la experiencia tiene que estar consciente de ello, el contenido debe presentarse a la persona. Pero si es inconsciente, por hipótesis, esto no podría ocurrir. El concepto de inconsciente, digámoslo así, estalla víctima de sus contradicciones internas. He aquí la paradoja que surge de la interpretación *espacial* del inconsciente¹⁷.

En lo que sigue no discutiré cómo Wollheim intentó superar esta paradoja. Más me interesa mostrar que la dificultad sólo surge si se acepta la teoría espacial del inconsciente. Tres razones recomiendan esta estrategia. En primer lugar, la paradoja muestra que más allá de su popularidad, que

¹³ Para los orígenes de la concepción de la intencionalidad como “dirección sobre un objeto” (*Gerichtesein*) introducida por Brentano, véase Brentano, Franz: *Psychologie vom empirischen Standpunkt*, 1971. Partes de la *Psychologie* pueden encontrarse en la traducción al inglés de Chisholm, R. M. (editor): *Realism and the Background of Phenomenology*, 1960. También hay versión castellana parcial de José Gaos en *Psicología*, Revista de Occidente, Madrid, 1926 y 1935.

¹⁴ Para otras discusiones de estos asuntos, contemporáneas a la de Wollheim, véase Peacocke, Christopher: *Sense and Content*, 1984, y McGinn, Colin: *The Subjective View: Secondary Qualities and Indexical Thoughts*, 1983.

¹⁵ En este artículo la palabra “fenomenología” se utiliza sólo en este sentido. Para una introducción a los temas asociados con este término en Husserl, véase Cordua, Carla: *Verdad y Sentido en “La Crisis” de Husserl*, 2004.

¹⁶ Wollheim, Richard: *The Thread of Life*, 1984, capítulo primero.

¹⁷ Sobre el tema de las contradicciones y su tratamiento en la lógica paraconsistente, véase Bobenrieth, Andrés: *Inconsistencias. Un Estudio sobre la Lógica Paraconsistente*, 1996.

es grande entre los psicoanalistas, la teoría espacial no cuadra con la motivación teórica original que Freud tuvo para introducir el concepto de inconsciente. Además, así se motiva la búsqueda de una teoría que sí cuadre con ella y en la cual la fenomenología de los estados mentales inconscientes no resulte paradójica. En tercer y último lugar, siguiendo este orden, la teoría *reprimida* del inconsciente comienza a revelarse como el entendimiento genuino de la posición de Freud. Aunque valdría la pena explorar la viabilidad en general de la teoría reprimida del inconsciente como modelo de la concepción freudiana, la ambición de este artículo está circunscrita a ilustrar sus virtudes con un ejemplo: la relación entre las experiencias de la rabia y de lo cómico.

La interpretación habitual bien puede ser llamada la concepción *espacial* del inconsciente dado que, según ella, éste constituiría un reino distinto del consciente y lejano de él, en el cual la vida mental humana transcurre. Se trataría de un lugar del que, siguiendo con la metáfora, tendría sentido decir que yace “más adentro” o “por debajo” del reino que constituye la vida mental consciente. Los estados mentales inconscientes estarían “enterrados” profundamente bajo la conciencia. A menudo, justo es reconocerlo, Freud mismo escribe como si la concepción espacial del inconsciente fuera la correcta. Sin embargo, su justificación para introducir un uso teórico nuevo del ruido “inconsciente” fue dar una explicación unificada del soñar, del errar y del bromear. Pero de estos tres fenómenos en la vida mental inconsciente de los individuos, en el mejor de los casos, la teoría espacial cuadraría con sólo uno de ellos: el soñar.

Quien sueña está *inconsciente* en el uso corriente y no teórico del término (o, si se lo prefiere, su uso pre-freudiano). La percepción sensorial juega un papel distinto en la vida mental de la persona mientras sueña que mientras está despierta. El entorno que rodea nuestros cuerpos tiene un impacto en la conciencia que es diferente del que tendría si estuviéramos conscientes. De ahí que resulte tentador postular que mientras sueña la persona *se encuentra en un reino distinto del espacial*. Hacerlo permitiría explicar el contenido de los sueños, un estado mental inconsciente, por analogía con el contenido de los estados mentales conscientes. Los sueños nos pondrían en contacto con una realidad inconsciente, con el reino del inconsciente. Tal sería el tentador ejemplo de la concepción espacial del inconsciente que ofrecería el soñar.

Sin embargo, la concepción espacial del inconsciente es inaceptable porque, como ya se señaló, no cuadra con la explicación del actuar fallido ni tampoco con la del bromear. Para preservar la analogía con el caso del soñar deberíamos estar dispuestos a hablar del inconsciente en esos casos como,

respectivamente, un reino *fallido* y un reino *cómico*. Pero cuando las personas cometen un acto fallido o cuando bromean, ellas no están “inconscientes” en el uso corriente del término. Ni parece correcto decir que cuando se equivocan o cuando bromean las personas se encuentren en sendos reinos *fallido* o *cómico*, lugares distintos de aquel en el cual ellas están cuando no yerran ni bromean.

Nos equivocamos y bromeamos cuando estamos *conscientes* en el uso corriente de las palabras pero *inconscientes* en el uso teórico del término que Freud introduce. El soñar parece avalar la concepción espacial del inconsciente cuando se confunde el uso *corriente* del término *inconsciente* con su uso *teórico* o freudiano. Que el soñar ocurra mientras estamos *inconscientes* en el uso corriente del término es irrelevante desde el punto de vista del uso teórico freudiano del ruido “inconsciente”. Porque no estamos *inconscientes* en el sentido corriente ni cuando erramos ni cuando bromeamos, aunque sí lo estamos en el sentido teórico o freudiano del término.

En conclusión, entender la teoría psicoanalítica basándose sólo en el soñar es un serio error, entre otros motivos porque ese caso parece avalar la concepción espacial del inconsciente. Sin embargo, esta concepción, apoyada en la confusión del uso *corriente* con el uso *teórico* del término, determinó la manera en la cual se entendió al inconsciente a partir de *Traumdeutung*. Todo lo anterior, de más estará decirlo, motiva la búsqueda para el siglo XXI de una opción distinta, tarea que emprenderé en la sección final.

3. El futuro del psicoanálisis y el bromear

Según la concepción reprimida del inconsciente, para comenzar, los estados mentales pertenecen a las distintas *clases* que identifica el sentido común cuando distingue entre la creencia, el deseo, la rabia y, por terminar aquí una lista que bien podría continuar, la experiencia de lo cómico. En segundo lugar, el inconsciente constituye un *modo* de la vida mental que determina qué fenomenología la acompaña¹⁸. La fenomenología de los estados mentales ya no es, como lo fuera en Wollheim, una función de sólo una variable (la *clase* de estado mental que el sujeto experimenta) sino de dos: su *clase* y su *modo*. Vale la pena destacar que la represión no determina qué *clase* de estado mental experimenta un sujeto. Como en toda teoría psicológica no-cartesiana, también en la concepción psicoanalítica la clase de esta-

¹⁸ Para mayores detalles expositivos y críticos de la teoría freudiana del inconsciente, véase Orellana Benado, M. E.: “A Philosophy of Humour”, 1985 (tesis presentada en la Facultad de *Literae Humaniores* para optar al grado de doctor en filosofía de la Universidad de Oxford).

do mental experimentada por un sujeto queda determinada por cuál sea la mejor explicación de su comportamiento.

Ahora bien, la represión sí determina el *modo* en el que los contenidos de los estados mentales se presentan al sujeto en la experiencia y, por lo tanto, ella se relaciona también con su expresión en su conducta. La represión permite al contenido de los estados mentales expresarse de maneras compatibles con los múltiples obstáculos impuestos a la búsqueda de placer del individuo por cada sociedad¹⁹. Durante nuestra incorporación a la sociedad aprendemos con otros que los impulsos lúdicos, agresivos y obscenos pueden ser satisfechos y darnos placer cuando se presentan sublimados, por ejemplo, como gratas experiencias oníricas en los sueños, o como experiencias cómicas en el bromear. O no lo aprendemos y, al frustrarnos en la búsqueda de placer, somos víctimas de la enfermedad mental. Aquí la teoría psicoanalítica de la vida mental se aleja radicalmente del solipsismo cartesiano, abrazando en cambio una concepción de lo humano en la cual el individuo y su conciencia se constituyen como tales en una comunidad.

Para Descartes tenía sentido hablar de la conciencia sin una sociedad en la cual ella vive y en la cual ha surgido a la existencia. Según la posición cartesiana, podría existir un único sujeto de la experiencia, de ahí que en filosofía se la denomine “solipsismo cartesiano”²⁰. Para Freud, por contraste, si bien el sujeto mental es individual, también es social. Hablar de un sujeto y su vida mental supone hablar también de la sociedad en cuyo contexto la persona ha crecido y donde aprendió o no aprendió las claves para sublimar su búsqueda de placer. El concepto de represión representa el aporte que hace la sociedad a la constitución de las identidades individuales específicas y a sus respectivas vidas mentales, así como a su expresión en la conducta²¹.

¹⁹ Freud, Sigmund: *La Interpretación de los Sueños*, 1966 (traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres). Para una discusión estructuralmente similar a la que aquí se ofrece del inconsciente, aunque de un problema bien distinto, véase Frege, Gottlob: “On Sense and Reference”, 1966, pp. 56-78. Frege sostiene que el referente (eg. Venus) de un término singular (eg. “El Lucero Vespertino”) no determina todo el significado de éste. Además del referente hay que reconocer la existencia del sentido de un término singular, el cual es dado por el modo en que un término singular presenta al referente. Para una discusión de la distinción fregeana entre el Sentido (*Sinn*) y Referencia (*Bedeutung*) en el contexto de la semántica recursiva finitamente axiomatizable, también llamada semántica de Davidson, véase la introducción editorial a Evans, Gareth y John Mc. Dowell (editores), *Truth and Meaning: Essays in Semantics*, 1976.

²⁰ Descartes, René: “Meditations”, 1979, pp. 93-169.

²¹ Mayores detalles en Orellana Benado, M. E.: “A Philosophy of Humour”, 1985, capítulo quinto, pp. 131-171. Para una crítica no freudiana de la concepción cartesiana de la vida mental, véase Wittgenstein, Ludwig: *Philosophische Untersuchungen/Philosophical Investigations* (edición bilingüe alemán/inglés) 1953; y versión caste-

En Wollheim la fenomenología de un estado mental era función sólo de su *clase*. En la concepción reprimida, que reconoce también la existencia de múltiples *clases* distintas de estados mentales, se postula por contraste y de forma adicional la existencia de dos *modos* en los que cada uno de ellos puede darse: el consciente y el inconsciente. La teoría reprimida del inconsciente no postula la existencia del consciente y el inconsciente como dos reinos espacialmente disjuntos y en los cuales transcurre la vida mental de las personas. La vida mental es una, aunque los estados mentales que parcialmente la constituyen estén divididos en muchas clases y sus modos (así como, por ende, sus formas de expresión) en consciente e inconsciente.

A continuación ejemplificaré la concepción reprimida con el caso de un estado mental que pertenece a la *clase* rabia y de la experiencia de lo cómico. Supongamos que cada vez que Smith se encuentra con Ralph, el primero experimenta estados mentales acompañados por la fenomenología que usualmente es causada por la percepción de lo cómico. Quizá el contenido-mental (la intencionalidad en el sentido de Wollheim) de su estado mental sea “Ralph es ridículo”, lo cual se expresa en bromas a costa suya en su ausencia. ¿Bastan estos elementos para concluir que la *clase* a la cual pertenece el estado mental de Smith sea de comicidad? No, no bastan.

Smith tiene una buena razón para ser hostil con Ralph, quien, además de ser su jefe, humilló a un amigo suyo muy querido. Dado que experimentar su rabia de modo consciente encierra peligros para Smith (entre otros, el de expresarla como se haría en tal caso), él la experimenta de modo inconsciente. Su impulso agresivo se le presenta como la experiencia de lo ridículo que es Ralph, y por eso la expresa bromeando en su contra cuando está ausente. A menudo puede expresarse mediante un chiste algo que no puede decirse en serio sin riesgo. De ahí que podamos excusarnos calificando nuestras afirmaciones de bromas. La violencia de una expresión reprimida de rabia (o, lo que es lo mismo, una manifestación de rabia reprimida) es distinta de aquella expresión de la cual la rabia está ausente²². El ejemplo recién descrito explica el comportamiento de Smith, su constante bromear a costa de Ralph en su ausencia, postulando un estado mental de rabia inconsciente (o, si se lo prefiere, un estado mental inconsciente de rabia).

Ilana *Investigaciones Filosóficas*, 1988 (traducción de A. García Suárez y U. Moulines); para una buena introducción a sus argumentos, véase Kenny, Anthony: *Wittgenstein*, 1973, y para elucidaciones de sus términos, véase Glock, Hans-Johann: *A Wittgenstein Dictionary*, 1996.

²² Para un argumento según cuya conclusión la victoria ganada con humor es la más humana de todas y que la violencia del humor es la más específicamente humana, véase Orellana Benado, M. E.: “Humor y Pluralismo: La Victoria Más Humana”, 2004, pp. 128-139.

Aun si Smith negara estar enrabiado con Ralph, su estado mental pertenecería a la clase rabia, a pesar de presentarse con la fenomenología usualmente asociada con la percepción de lo cómico. Sería rabia porque la mejor explicación de la conducta de Smith es que él está enrabiado con su jefe porque humilló a su amigo. Los estados mentales de rabia consciente se presentan al sujeto acompañados de la fenomenología habitual; es decir, como rabia. Pero la rabia inconsciente puede presentarse como una experiencia cómica.

La concepción reprimida asegura una fenomenología para los estados mentales inconscientes, como Wollheim lo deseaba, y disuelve la supuesta paradoja acerca de cómo ellos podrían presentarse al sujeto (es decir, para seguir usando los términos del mismo autor, cómo pueden tener subjetividad y, por ende, fenomenología). A Smith su estado mental de rabia inconsciente se le presenta como una experiencia cómica. Y esta comicidad es algo que sí está al alcance de Smith, a pesar de constituir la subjetividad de un estado mental inconsciente. No hay paradoja en suponer que un estado mental inconsciente posea fenomenología, la propiedad que, como Wollheim correctamente sostuvo, caracteriza a la vida mental en general.

Podría objetarse que la concepción reprimida del inconsciente constituye una reducción conductista de éste²³. De acuerdo con esta objeción, lo que he llamado la rabia inconsciente de Smith puede explicarse en términos sólo de respuestas al estímulo cómico que es Ralph. Pero tal objeción no da en el blanco. En el caso descrito, amén de las objeciones clásicas al conductismo, resulta insuficiente hablar sólo de comportamientos en respuesta a un estímulo; en esas circunstancias es necesario hablar del estado mental de Smith para dar cuenta de la permanencia de su comportamiento. El conductismo no basta para explicar nuestra vida mental, como Wollheim advirtió. Además de disposiciones y de acciones es necesario también hablar de estados mentales.

La concepción espacial del inconsciente tiene la aparente virtud de explicar en qué sentido éste es de difícil acceso. De existir dos reinos de vida mental, la dificultad de acceso al inconsciente sería consecuencia de la “distancia” que lo separaría de la conciencia. Pero esta tentadora explicación sólo funciona si nos tomamos en serio la metáfora de una vida mental que florece en dos reinos discontinuos. La concepción reprimida ofrece una explicación no metafórica de la dificultad de acceso a la vida inconsciente. Ahora la dificultad no surge de una falla cognitiva causada por la “distan-

²³ Ésta fue la relación de Wollheim a la teoría reprimida del inconsciente cuando se la esbozó durante una sesión de la *Philosophical Society* de Oxford en 1985.

cia” que separaría al sujeto del inconsciente y sus contenidos. Según la concepción reprimida, la vida mental inconsciente está a la misma distancia del sujeto que su vida mental consciente. Simplemente, ambas están ahí. Sin embargo, en el caso de esta última, su fenomenología no es una guía segura respecto de qué clase de estado mental experimenta el sujeto. Porque, como vimos hace un momento, lo que se presenta al sujeto como comicidad, en rigor, pudiera ser rabia, un estado mental que pertenece a una clase distinta. Concluyo con tres observaciones periféricas al núcleo de la argumentación precedente.

En la concepción espacial del inconsciente se entiende cómo surge la dificultad que preocupó a Wollheim, reconocer una fenomenología al estado mental inconsciente. Sin embargo, esta es mi primera observación, dicha concepción supone un entendimiento cartesiano de lo mental. ¿Qué impide aceptar la concepción reprimida de la vida mental? El supuesto según el cual lo mental debe ser por completo accesible al sujeto de la experiencia. Pero tal supuesto, junto con el solipsismo, son característicos de la concepción cartesiana. Sólo bajo su hechizo podemos preguntarnos cómo podría algo que no se presenta al sujeto como rabia ser rabia.

Sin embargo, tanto la concepción psicoanalítica de lo mental (que Wollheim acepta) como la conductista (que él rechaza) buscan explicar el comportamiento de las personas. Por este motivo ambas concepciones se alejan del intento cartesiano de demostrar, a partir de una conciencia radicalmente individual, la existencia de un mundo externo a ella y que puede ser conocido por medios empíricos²⁴. Es irónico, pero la dificultad sobre el inconsciente que preocupó a Wollheim surge de resabios en su posición de la concepción cartesiana de lo mental que él creyó haber superado de la mano de Freud.

Mi segunda observación versa acerca del efecto que pudiera tener en la vida mental inconsciente de quienes entienden y aceptan la teoría reprimida. Pudiera ser que la modificara. Pero pudiera ser que no la modificara. Saber que la luna es del mismo tamaño cuando recién sale que a la medianoche, esto es, aceptar la teoría óptica correcta, no borra la diferencia entre la experiencia visual de la luna en esos dos momentos del día (el ejemplo es de Kant). Del mismo modo, a un sujeto que acepta la teoría reprimida del inconsciente su rabia bien puede seguir presentándose como una experiencia cómica, incluso quizás más intensa aún, dado que entiende mejor su origen.

¿Qué derroteros pudo haber seguido el psicoanálisis en el siglo XX de no obsesionarse con el soñar, si sus observaciones clínicas y el desarro-

²⁴ Sobre este último punto, véase Williams, Bernard: *Descartes: The Project of Pure Inquiry*, 1978.

llo de sus prácticas terapéuticas hubieran tenido presente también el análisis del bromeo propuesto por Freud? No tendría sentido aquí especular acerca de esa historia que no fue. El tema de mi última observación periférica es qué podemos esperar de la teoría y la práctica psicoanalítica en el siglo XXI. Ambas, estoy cierto, podrían tener una vida nueva poniendo el bromeo en el corazón de su entendimiento del inconsciente. Pero me sorprendería que muchos psicoanalistas vayan a estar dispuestos a hacerlo. Entre otras razones, porque su formación hace de ellos y ellas, casi de forma invariable, personas serias, que preferirán morir antes que hacer reír para sobrevivir. Por eso, el futuro del psicoanálisis depende de la minoría de analistas y pacientes que sí estará dispuesta a apreciar, cultivar y usar su sentido del humor, tanto dentro como fuera de la relación terapéutica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arancibia Gutiérrez, Marcelo R.: "La Nueva Ilustración: Una Concepción del Fenómeno Tecnológico". Tesis presentada para optar al grado de magister en filosofía, Universidad de Valparaíso, 2004. Biblioteca de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Valparaíso.
- Bobenrieth, Andrés: *Inconsistencias: Un Estudio sobre la Lógica Paraconsistente*. Santa Fe de Bogotá: Colcultura, 1996.
- Brentano, Franz: *Psychologie vom empirischen Standpunkt*. Hamburg: Felix Meiner, 1971. (Partes de la *Psychologie* pueden encontrarse en la traducción al inglés de R. M. Chisholm (editor), *Realism and the Background of Phenomenology*. Illinois: The Free Press of Glencoe, 1960. También hay versión castellana parcial de José Gaos en *Psicología*, Madrid: Revista de Occidente, 1926 y 1935.)
- Cordua, Carla: *Verdad y Sentido en "La Crisis" de Husserl*. Santiago: Ril, 2004.
- Descartes, René: "Meditations". En *Discourse on Method and the Meditation*. Traducción e introducción de F. E. Sutcliffe. Harmondsworth, England: Penguin, 1979.
- Frege, Gottlob: "On Sense and Reference". En P. T. Geach y M. Black (editores), *Philosophical Writings of Gottlob Frege*. Oxford: Blackwell, 1966.
- Frege, Gottlob: Introducción editorial. En Gareth Evans y John McDowell (editores), *Truth and Meaning: Essays in Semantics*. Oxford: Oxford University Press, 1976.
- Freud, Sigmund: *El Chiste y su Relación con el Inconsciente*. Traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres. Madrid: Biblioteca Nueva, 1921.
- Freud, Sigmund: *La Interpretación de los Sueños*. Traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres. Madrid: Alianza, 1966.
- Glock, Hans-Johann: *A Wittgenstein Dictionary*. Oxford: Blackwell, 1996.
- Guyer, Paul: *Kant and the Claims of Knowledge*. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.
- Jones, Ernst: *Vida y Obra de Sigmund Freud*. Traducción Dr. Mario Carlisky y José Cano Tembleque. Barcelona: Anagrama, 2003.
- Kant, Immanuel: *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*. Traducción de Manuel García Morente. En Immanuel Kant, *Obras Escogidas*. Buenos Aires: El Ateneo, 1951.

- Kenny, Anthony: *Wittgenstein*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1973.
- McGinn, Colin: *The Subjective View: Secondary Qualities and Indexical Thoughts*. Oxford: Oxford University Press, 1983.
- Oporto Valencia, Lucy: "Una Arqueología del Alma: Ciencia, Metafísica y Religión en Carl Gustav Jung". Tesis presentada a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso para optar al grado de licenciado en filosofía, 2001. Biblioteca de la Facultad de Humanidades, Universidad de Valparaíso.
- Orellana Benado, M. E.: "A Philosophy of Humour". Tesis presentada en la Facultad de *Literae Humaniores* para optar al grado de doctor en filosofía de la Universidad de Oxford, 1985. Bodleian Library D.Phil Theses Collection, Oxford.
- Orellana Benado, M. E.: "La Teoría Reprimida del Inconsciente". En *Revista Latinoamericana de Filosofía* Vol. XIII, N° 1 (marzo 1987).
- Orellana Benado, M. E.: "Arribismo Epistemológico y Desarrollo Científico y Tecnológico". En Eduardo Sabrovsky, *Tecnología y Modernidad en América Latina*. Santiago: Hachette, 1992.
- Orellana Benado, M. E.: *Pluralismo. Una Ética del Siglo XXI* (segunda edición con una introducción de Alfredo Jocelyn-Holt Letelier). Santiago: Editorial Universidad de Santiago, 1996.
- Orellana Benado, M. E.: "Identidad, Filosofía y Tradiciones". Prólogo a la edición castellana de Roger Scruton, *Filosofía Moderna. Una Introducción Sinóptica* (traducción de Héctor Orrego Matte). Santiago: Cuatro Vientos, 1999.
- Orellana Benado, M. E.: "El Analítico Renegado: Berlin o la Filosofía con Historia". En *Estudios Públicos*, 80 (2000). También disponible en www.cepchile.cl
- Orellana Benado, M. E.: "Humor y Pluralismo. La Victoria Más Humana". *Tribuna Americana* N° 3 (abril 2004).
- Peacocke, Christopher: *Sense and Content*. Oxford: Oxford University Press, 1984.
- Skinner, B. F.: *The Behaviour of Organisms*. New York: Barnes and Noble, 1949. (Versión castellana: *La Conducta de los Organismos: Un Análisis Experimental*. Traducción de Luis Flaquer. Barcelona: Fontanella: 1975.)
- Strawson, P. F.: *The Bounds of Sense: An Essay on Kant's Critique of Pure Reason*. Londres: Methuen, 1966.
- Torreti, Roberto: *Manuel Kant: Estudios sobre los Fundamentos de la Filosofía Crítica*. 5 volúmenes. Santiago: Ediciones de la Universidad Diego Portales, tercera edición, 2005.
- Williams, Bernard: *Descartes. The Project of Pure Inquiry*. Harmondsworth: Pelican, 1978.
- Wittgenstein, Ludwig: *Philosophische Untersuchungen / Philosophical Investigations*. Edición bilingüe alemán / inglés de G. E. M. Anscombe y R. Rhees. Oxford: Blackwell, 1953. (Versión castellana, *Investigaciones Filosóficas*. Traducción de A. García Suárez y U. Moulines. Barcelona: Crítica, 1988.)
- Wollheim, Richard: *Freud*. Glasgow: Collins, Fontana Modern Masters Series (Frank Kermode, editor), 1971.
- Wollheim, Richard: *The Thread of Life*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1984.
- Wollheim, Richard, y James Hopkins (editores): *Philosophical Essays on Freud*. Cambridge: Cambridge University Press, 1982. □